Imprimir

La lucha y el coste del progreso imposibilitan lograr los ideales del progreso.
Eugène Delacroix (1798-1863). «La masacre de Quíos». 1824, óleo sobre lienzo. Masacre perpetrada por los otomanos contra la población griega de la isla de Quíos, en abril de 1822. Museo del Louvre, Paris, Francia

La historia moderna está repleta de acontecimientos tan extraordinarios, aberrantes, revoltantes y sorprendentes que dan ganas de exclamar: ¡¿cómo es posible?! Normalmente, esta exclamación, como fenómeno generalizado, no surge en el momento en que tales acontecimientos tienen lugar, sino años o siglos después: ¡¿cómo fue posible?! El asombro es tal que, a menudo, lo que ha sucedido supera no solo los límites de lo posible, sino también los límites de lo pensable: ¿cómo sucede o ha sucedido lo impensable?

Cuando el gran historiador de arte E. H. Gomrich se dispuso a escribir (en seis semanas) el libro *Una breve historia del mundo para jóvenes lectores* (*Eine kurze Weltgeschichte für junge Leser*), publicado en Viena en 1935, su objetivo era enseñar historia a los jóvenes. El libro tuvo un enorme éxito y fue actualizado varias veces posteriormente. Uno de los leitmotivs de la narración es precisamente mostrar a los jóvenes cómo, en la historia, suelen ocurrir cosas que parecen estar más allá de lo posible, o incluso de lo pensable. Y lo más extraño es que esos acontecimientos solo se conocen muchos años después.

Por ejemplo, durante la Segunda Guerra Mundial, ni él (que había emigrado a Inglaterra en 1936 y trabajaba en la BBC) ni la gran mayoría de los alemanes o europeos sabían o podían imaginar el horror de los crímenes que se estaban cometiendo contra los judíos (el Holocausto). Como es evidente, los ejemplos podrían multiplicarse. ¿Cómo se podría imaginar que cristianos devotos (ya fueran portugueses, españoles o peregrinos del Mayflower) pudieran entregarse al horrible exterminio de los pueblos originarios de América entre los siglos XVI y XIX? ¿Y quién sabría lo que estaba pasando en el momento en que estaba pasando? Por supuesto, hubo testimonios contemporáneos muy elocuentes, como el de Bartolomé de las Casas, pero su voz era una excepción y apenas se escuchaba. ¿Quién podría imaginar, y cuántos belgas sabrían, que el muy civilizado rey Leopoldo II organizó el

exterminio del 50 al 75 % de la población del Congo en poco más de dos décadas (1885-1908)?

Hoy todo parece diferente en lo que respecta al conocimiento, pero no en lo que respecta a la ocurrencia de lo que se considera imposible o incluso impensable. Gracias a la revolución de las tecnologías de la información y la comunicación, hoy sabemos en tiempo real lo que sucede en el mundo. Y lo que sucede también nos lleva a menudo a exclamar: ¿es posible? ¿Es pensable? Genocidios en Ruanda, Sudán y Palestina; propuestas de compra de países (Groenlandia); captura por parte de potencias extranjeras de presidentes en pleno ejercicio de sus funciones de países soberanos (Venezuela); invasión y ocupación de países extranjeros para la seguridad de los ciudadanos del país invasor (Vietnam, Irak, Afganistán); criminales de guerra condenados por la justicia internacional que viajan libremente por el espacio aéreo de países signatarios de los tratados e instituciones de la justicia internacional (Netanyahu, Putin); fragmentación de países como estrategia de dominación (Libia, Siria, Sudán, Somalia); regreso de la piratería en alta mar.

Esta lista plantea tres preguntas. ¿Por qué ocurre lo que parece imposible o incluso impensable? ¿Sabremos todo lo que está sucediendo, a pesar de que se considere imposible o impensable? ¿Es relevante el hecho de que podamos saber que ocurre lo que parece imposible o impensable?

¿Por qué ocurre lo impensable?

Lo impensable ocurre porque en cada período histórico se crea una idea dominante de la naturaleza humana que no permite concebir y mucho menos prevenir que ocurra lo impensable, lo aberrante o lo catastrófico, precisamente porque no se considera que lo que ocurre sea aberrante ni catastrófico. Desde el siglo XVII, la sociedad eurocéntrica moderna ha desarrollado la idea de que es propio de la naturaleza humana luchar por la evolución positiva e irreversible de la sociedad. A esta idea se le llamó: progreso. Pero el progreso tiene un coste: no hay progreso sin lucha. Esta idea está tan presente en Malthus como en Darwin y Marx. La lucha y el coste del progreso significan que no es posible realizar los ideales del

progreso sin cometer acciones que contradicen esos ideales.

Para que esta contradicción no sea políticamente visible, es fundamental deshumanizar a los grupos sociales que pierden en esta lucha y sufren los costes correspondientes. Así construida, la idea del progreso no tiene nada que ver con el bienestar de las poblaciones. Solo cuentan como poblaciones dignas de bienestar aquellas que tienen el poder de imponer costes sin sufrirlos. Estas poblaciones pueden ser cada vez más minoritarias, pero eso no afecta en nada a la idea de progreso. De hecho, cuanto más selectivo sea el progreso, mayor será. Los multimillonarios de hoy en día son el mejor ejemplo de ello. La idea del progreso no puede concebir la idea del retroceso. Solo los grupos que pierden en la lucha y sufren los costes pueden cuestionar el progreso. El imperio, cuando se mira en el espejo, nunca ve su declive.

Si nos fijamos, por ejemplo, en el discurso del actual máximo representante del máximo progreso en máximo declive, Donald Trump, es fácil concluir que la dicotomía que orienta su pensamiento (si pensar es igual a hablar) no es la de amigo/enemigo, ni siquiera la de ciudadano/extranjero. Es la dicotomía humano/subhumano. Quien discrepa de él, por muy amigo o ciudadano que sea, pasa inmediatamente a la categoría de subhumano.

Lo impensable ocurre porque quien tiene el poder para que ocurra también tiene el poder para que no se considere impensable. Lo impensable ocurre de forma abrupta, pero siempre se genera y se prepara lentamente. Su gestación tiene varios componentes.

El primer componente es el trabajo ideológico, que tiene un fuerte componente semiótico. Se trata, por ejemplo, de eliminar ciertas palabras y sustituirlas por otras que neutralicen la carga política o ética y naturalicen la nueva normalidad. Así, se sustituye capitalismo por economía de mercado. La flexibilidad laboral tiene una carga ideológica opuesta a la precariedad laboral y, sin embargo, significa lo mismo en la vida de los trabajadores. Otro procedimiento ideológico tiene el sentido opuesto: magnificar o demonizar el objetivo para justificar una reacción extrema: la caída del dólar convertida en apocalipsis; el político hostil convertido en dictador o terrorista para que el político amigo parezca lo contrario sin dejar de

ser dictador o terrorista; utilizar recurrentemente la expresión «sin precedentes» para magnificar agresiones repetidamente practicadas.

El segundo componente consiste en la información selectiva con el fin de hacer creer que la punta del iceberg es el iceberg completo. Así se hizo, en el ámbito de la energía atómica, hasta llegar a lo impensable de las bombas de Hiroshima y Nagasaki. Así se hará con la inteligencia artificial.

El tercer componente consiste en sustituir las tragedias humanas por estadísticas. La vida humana es una cualidad, mientras que el número de vidas o de muertes es una cantidad. Pero, en este caso, la clave consiste en tener el poder de no permitir que la cantidad se convierta en una nueva cualidad. Después de la Segunda Guerra Mundial, los judíos, en colaboración con todos los demócratas del mundo, lograron convertir la cantidad en una nueva calidad: los seis millones de muertos se convirtieron en el Holocausto. Por el contrario, el pueblo palestino puede ser eliminado sin que los palestinos y los demócratas del mundo tengan el poder de transformar los miles de niños asesinados intencionadamente en una política de exterminio.

Por último, el cuarto componente consiste en reducir progresivamente las expectativas de paz, convivencia democrática o bienestar hasta que resulte irrelevante prescindir de ellas. Cuando los ciudadanos y ciudadanas solo sean libres para ser miserables, nos encontraremos ante la miseria de la libertad.

Podemos concluir que lo impensable solo es impensable para la mayoría de la población que se enfrenta a su abrupta ocurrencia. Pero fue pensado gradualmente y por eso sucede.

Porque no lo sabemos todo

En cada período histórico, el contexto político-cultural dominante impone límites a lo que se determina como naturaleza humana. En nuestra época, el contexto dominante es el cientificismo. Desde la etología hasta la biología, desde la psicología hasta las neurociencias, es la ciencia contemporánea la que determina qué es la naturaleza humana, sus

potencialidades y sus límites. Lo que la ciencia no ve, no se ve. Dado que en el contexto actual la ciencia determina lo que es la naturaleza humana, resulta imposible pensar en el contexto que hace posible esta ciencia y no otra. Kropotkin tenía razón cuando decía: «Sí, sin duda, debemos basar nuestra teoría social en la teoría biológica, pero entonces volvamos a examinar la teoría biológica». Ahora bien, mientras que en la biología del biólogo Darwin había lucha y competencia, en la biología del biólogo Kropotkin había cooperación y solidaridad.

Teniendo esto en cuenta, es posible que se estén generando o ya se estén produciendo muchas monstruosidades sin que lo sepamos y muy cerca de nosotros, en los laboratorios de nuestras universidades y de las grandes empresas. Los monstruos familiares se parecen mucho a la normalidad.

El ocultamiento tiende a ser mayor en la medida en que se confunden tres conceptos: verdad, inverdad y mentira. La verdad es, de hecho, la búsqueda de la verdad. Hay muchos caminos, pero el objetivo es uno solo, aunque nunca se alcance. La inverdad es la mentira o la alta improbabilidad que se profiere pensando que es verdad. El contexto político y financiero en el que se produce la ciencia hoy en día hace que la inverdad se produzca con frecuencia. Por el contrario, la mentira es la falsedad que se dice sabiendo que no es verdad. La mentira está fuera del ámbito del cientificismo, pero la promiscuidad del cientificismo con la política hace que esta recurra a la mentira y la haga pasar por creíble, verdad o inverdad.

Por esta razón, al escuchar a ciertos políticos, un ciudadano avisado piensa en un consejo de San Agustín que Montaigne cita en el noveno ensayo (sobre los mentirosos): «estamos mejor en compañía de un perro que conocemos que en compañía de un hombre cuyo lenguaje no entendemos».

Porque pensar lo impensable es hoy irrelevante

El cientificismo se basa en una idea central: la ciencia no es política ni ética. Las aplicaciones de la ciencia pueden tener implicaciones políticas o éticas, pero la ciencia, en sí misma, no

las tiene. Para el cientificismo solo hay dos categorías de pensamiento: lo pensado y lo aún no pensado. Lo impensable es irrelevante. Todo ello, porque la ciencia solo puede responder a preguntas formuladas científicamente. Ahora bien, la categoría de lo impensable, al igual que la de la espiritualidad, la felicidad o la trascendencia, no puede formularse científicamente. Por lo tanto, al igual que la espiritualidad, la felicidad o la trascendencia, lo impensable no existe como pregunta.

Si miramos la realidad desde una perspectiva política o ética, contraria a la corriente dominante, vemos que lo impensable de lo que he hablado hasta ahora —el acontecimiento extremadamente aberrante, repugnante, catastrófico— es solo uno de los impensables. De hecho, hay dos tipos de impensables: el positivo y el negativo. El primero activa la esperanza y el segundo el miedo. Parecen excluirse mutuamente, pero uno no existe sin el otro. Lo impensable negativo es lo que me ha ocupado en este texto. Lo impensable positivo es el de una sociedad ideal o una vida individual idealmente plena, en la que los problemas a los que se enfrentan hoy la sociedad y los individuos se superan sin que otros nuevos y graves ocupen su lugar. En el contexto de la modernidad eurocéntrica, lo impensable positivo es la utopía. La idea de una utopía realista es una *contradictio in adjecto*.

El contexto del cientificismo actual hace imposible imaginar lo impensable positivo. Kropotkin perdió la batalla. No sé si perdió la guerra. Política, cultural y éticamente, se ha vuelto imposible imaginar una sociedad alternativa en la que los impensables negativos de nuestro tiempo (tanto los conocidos por el público como los desconocidos) no pudieran ocurrir. El cientificismo dominante ha naturalizado tanto la naturaleza humana como el capitalismo, el colonialismo y el patriarcado.

El problema es que la imposibilidad de lo impensable positivo naturaliza lo impensable negativo, ocultando su negatividad. Es la normalidad siempre nueva y siempre vieja. Luchar contra ella se vuelve imposible y utópico precisamente porque la posibilidad de utopías realistas es… utópica.

No se trata de una fatalidad histórica. Se trata más bien de un contexto específico que

Antonio Gramsci denominó interregno: el viejo mundo en el que los horrores más impensables son cada vez más frecuentes y «naturales» aún no ha muerto del todo, mientras que el nuevo mundo de alternativas solidarias, pacíficas y justas entre los seres humanos y entre estos y la naturaleza aún no ha nacido plenamente. Es un contexto trágico en el que la libertad se confunde con la necesidad y en el que el riesgo de un destino funesto radica en creer que fuerzas ocultas e invencibles controlarán para siempre nuestras vidas. Nos faltan sepultureros del viejo y parteras del nuevo.

Boaventura de Sousa Santos, referencia mundial en el campo de la ciencia social. Ha escrito y publicado exhaustivamente en las áreas de sociología del derecho, sociología política, epistemología, estudios poscoloniales, movimientos sociales, globalización, democracia participativa, reforma del Estado y derechos humanos.

Fuente: https://www.other-news.info/noticias/lo-impensable-sucede/